

80.7

Del orgullo y de la mendicidad.

Yendo á la mano de Dios por las calles de Córdoba, vi una plara que ocupó mis ojos con espectáculo extraño y miserable: era una muchedumbre y canalla de gente de harapos, socorrido por el hambre el cuerpo, el color emnegrecido á la intemperie: al parecer á cada cual le aqueja la calentura ó la icterisia, según el desencaje del rostro y lo acorquinado de los miembros. Y esta legión de fantasmas porfia, se apiña, ahincadamente hace cada uno por ser de los primeros en escaparse por la callejuela hacia la cual echo de ver propenden todos.

No fué corto mi asombro de esta inspirada escena - horrible pesadilla, si no hubiera estado tan despierto. Mas, diré sin rodeos y de plano, que todo no era sino la distribución de limosna hecha por un piadoso á los mendigos del lugar, por costumbre una vez á la semana.

Tener hambre, ser pobre y sin ventura es lo que cupo ^{en} suerte á los dos tercios de los hombres; mas en ninguna nación los vi de pelaje tan revuelto, de aspecto tan divulgador de la miseria, ni tan numerosos y atumultuados en ciudad tan reducida. Italia y España son las tierras de mendigos; empero, ni los desahogados de Nápoles me acocaron el corazón al pasar de esas cadenas de infelices, siguiendo á gritos el carro del viandante que pasa por las llanuras de la Mancha.

A fuerza de rozarse con el infortunio se curte el sentimiento: digo tal, porque apenas vi uno solo de entre los con quienes viajaba, que echa se un sueldo al pobre cuya vida pende acaso de tan cosa de nada. ¿y quién lo dijera? esa dureza tiene la raíz ^{en} la razón; ¿qué sumas bastarían para aliviar tanta desgracia? ¿qué comida para

tanta hambre? que vestidos para tanta desnudez? Desnudez, hambre y desgracia superiores á cualquier hacienda, por rico que uno fuese. Con no tener para todos, no tiene para ninguno, si era de mala justicia y de peor sonada, entre dos que se mueren por el mismo respecto, ^{salvar} ~~salvar~~ á tal, y á cual dejarle á la desesperación.

Es avieso el ánimo del hombre, de manera, que halla consuelo en ~~ver~~ ^{ver} seguir á muchos el mismo triste rumbo de las miserias suyas: á este tenor el cautivo quisiera compartir su suerte con cautivos, el desterrado con desterrados, el leproso con leprosos. Van fuera de esta cuenta las trovas de vestiglos que nos salen al paso en las aldeas de España, y se vienen á nosotros ^{caullando} ~~caullando~~ cual tropel de hambrientos perros: los tales desearían ser solos, únicos en el mundo; por que le dé un cuarto el pasajero, por que este cuarto no le disfente nadie, y por no tener con quien pletear el mendrugo ó hueso lanzado por ventura de una tienda. No pocas veces se dan riñas entre mendigos, en términos de hacerles una mala jugada con echarles dos monedas ó un triste pañecillo: quien se pisan, se atropellan, se dan de navajadas, bien como los puercos debajo de la encina, si escasea la bellota; y hechos los miserables un obillo, entre tierra y lodo, arranchan el pedazo de metal que va á darles de comer á uelta de dos días.

Ha de tener mucho del demonio quien no lleve el corazón al torniquete en vista de espectáculo como esos: de mí se dice que se me iba quebrando el alma, y empapados sus fragmentos en un raudal de lágrimas interiores, corría por el cuerpo, causándome grandes estremecidas y alborotos. Cada vez di fondo en breve con las monedas de cobre que al efecto me las traí conmigo, y después nada podía dar á tanto moribundo, si no era ya mi buen deseo y pío susabor del alma.

No hay encarecimiento en lo que digo: viajando por la Mancha, detúvose el carruaje al entrar de una aldea: nubes de jorjisseros caen sobre nosotros, bien así como bandos de langostas sobre la cenera en ciera, ó de cuervos sobre la res del muladar. Entre la canalla infinita que baila, se estrecha, codea y mete la cabeza por las ventanillas, está una mujer del más extraño aspecto: su color prisa con el de los gitanos de Granada, cual si le hubieran espolvoreado hollín en el rostro; los dientes largos, con una capa de enjundia verde y espesa; la pupila como nadando en un proyo de ocre desleído; mechones de cabello aquí y allí, con lunares de calvicie en donde quiera; manos secas y huesosas de uñas curvas, propias para las horquetas de que Dante armó á los diablos de su Infierno. Y este conjunto de deformidades cubierto de medio cuerpo abajo de un sayón amarillo agujereado, remendado, desflechado, volantes los jirones con el viento, para poner al aire los sus piernas cenceñas, bazas y nudosas: el seno va desnudo; los pechos colgando, y laxos como los de las Hotentotas: sólo la espalda le cubre uno que sería frañuelo, sujeto á la garganta por dos puntas, á modo de capa de coro. Y esta infelice mira con un mirar que muele el corazón entre dos piedras; y se deja estar ahí, sola en medio del gentío, y nada dice donde todos ahullan, piden y ruegan, dando al suelo las rodillas y al cielo las manos juntas.

Herido de tal vista, uno de los del carruaje, el cual me dijeron ser un gran físico de Madrid, hizo del ojo á la mujer para que se acercase — si mujer puede decirse ente tan degenerado — y preguntóle con cuyo motivo ese color y trastorno de lo natural. — Porque no tengo casa, y estoy dia y noche en el campo, y como yerbas, respondió. He aquí una criatura humana convertida en bruto: vive á sol y sereno; cubre la pudicia con un andrajó que halla en la basura; ramonea los arbustos; vive á pasto

El Carmesate 114 Poeta y la mujer p. 64-65

de yerbas. . . Habría algo que dejar al salvaje más em-
brutecido? Los Samojedos y Kamtschadales tienen su
gusto, si bien de nieve, hartanse á su salvo de
focas de su pesca, y se tienen por bien hallados con
su suerte.

Los pueblos vanos son industriosos, ya que pa-
ra fomentar el anje de sus caprichos, han menes-
ter industria é inventiva. "De la vanidad resultan
innumerables bienes, dice Montesquieu: industria,
modas, artes, lujo, modales y gusto, hijos son de
la vanidad; es mayor, empero, la descendencia
del orgullo, si bien en sentido contrapuesto, por que
da cuna á males infinitos, tales como la pereza, la
pobreza, el abandono, la destrucción de las nacio-
nes que el acaso ha puesto en su poder, y la ruina
propia. La pereza es efecto del orgullo, el trabajo de
la vanidad: el orgullo del español le hace mi-
rar en menos el trabajo, donde la vanidad del fran-
cés le induce á trabajar mejor que los demás. "E-
sta nación perezosa es grave, porque los ocio-
sos se tienen por soberanos de los trabajadores." (1)

Habla el filósofo de tacto cierto, que juzga sien-
pre de las cosas á juicio de buen varón. El or-
gullo de los españoles dá margen en realidad
de verdad á las miserias de que habla ese gran-
de hombre. No son puras teorías del in-
genio, visto que habla con los hechos, y con la
historia en la mano alza el grito contra el or-
gullo de este pueblo, al paso que deplora sus la-
mentables consecuencias. ¿Qué de bienes no pu-
dieron hacer los españoles á los mejicanos? pro-
sigue el mismo; perdieron infundibles una re-
ligión de paz y mansedumbre, y les dejaron una
superstición furiosa: perdieron libertad á los
esclavos, y esclavizaron á los hombres libres: pu-

(1) Esprit des lois - De la vanité et de l'orgueil des nations.

dieron desengañarles del abuso de los sacrificios humanos, y en vez de eso les esterminaron. No acabaría si hubiera de referir los bienes que dejaron de hacer y los males que hicieron."

¿Mas nada nos maravilla, si estos conquistadores proclamaron el derecho de esclavitud contra los americanos, no sobre el de conquista, pero sobre que los aborígenes no llevaban la barba a lo español, y comían cangrejos y langostas. ⁽²⁾ ¿La no se ve el orgullo en esto que parece desvarío: los no como ellos, y que no hacen lo que ellos, son sus inferiores, sus esclavos, sus víctimas: víctimas, digo, si yermaron todo un continente, por asegurar su posesión y sus riquezas. "Misa o muerte", decía Carlos noveno a Henrique de Beaurne y los señores que, tomando cartas en las creencias de los Hugonotes, no las tomaron en su esterminio. "Misa y muerte", "oro y muerte" es el mote de las banderas de Cortez y de Pizarro.

He aquí uno de los efectos del orgullo de esta raza: la pereza es otro, y la pobreza, y el hambre y abandono. ¿Por ventura los términos de España no se extienden más de lo que la población demandaría? no son fructíferas sus tierras a par de las mejores de Europa? no las bañan grandes rios, y los montes despiden a los llanos infinidad de arroyos? Las costas ofrecen los mejores puertos, y no comercian: el suelo es feracísimo, apenas si requiere la mano del hombre, y no siembran: hábiles son e ingeniosos, y no cultivan las artes. Viene todo de que, sus buenas cualidades mismas, en unión desmayada con sus defectos, no hacen sino acarrearles atrasos y penurias. "La buena fé de los españoles ha tenido fama en todos tiempos: Justiniano la pondera en términos de hacerles mártires de la

⁽²⁾ Lopez de Gama - Bibliot. ingl. - ⁽³⁾ Esprit des lois.

fidelidad. ⁽³⁾ Y esta misma buena fe guardada en tiempos de Justiniano, la guardaban en el día; por manera, que al comerciar en Cadix y fiarse de españoles, nunca se dá causa para arrepentirse. Mas esta propiedad admirable junto con la pereza, forma un todo muy perjudicial á la nacion, si á sus ojos mismos hacia los pueblos de Europa todo el comercio de la monarquía."

Al César lo del César: la buena fe á los españoles; pero, ¿quién les quite el ocio y su séquito de males?

¿Céngase por sin duda, hay alteza en el orgullo; mas ha de ser con aquel temperamento de no dar por sí motivo en cosas que nos acarreen la vil de la premura extrema y voluntaria. En Lacedemonia se tenía por infame toda industria, ajeno de trabajo el hombre libre: Licurgo dió en la cuenta de que, si una nacion criada para la guerra, que vivia y medraba por las armas, no eran conducentes las artes afeminadoras del cuerpo y el espíritu. Lo cual puede correr y pasar en repúblicas de estrechos lindes, quienes, si fuer de amos, viven en su casa por obra de los siervos. Los lacedemonios podian prescindir del laboreo de las heredades, y no causar con el timón el brazo, si le habian menester para la espada; ¿faltábales por ventura quienes sembrasen y cosechasen para ellos? Si va á decir verdad, teniendo ilotas, ya puede guardar las manos limpias el que admite por justo darse por superior á toda faena.

Los lacedemonios perdieron no mirar en el comercio, y dar de infames á los que lo practicaban; lo perdieron, si era tal la llaneza de sus costumbres y sencillez de trato, que les eran por demás los aperos de esa profesion. ¿Mercadear los lacedemonios? ni como darse tenían

4
a tal cosa, habiendo echado de sí con escarnio oro,
plata y riquezas de cuarkquier linaje, viles todas a
la luz de las virtudes de esos hombres. Estimanse los
tesoros en Esparta; son empero los del valor y la hon-
ra: una madre hincó y esconde el funeral en el pe-
cho del hijo que volvíó el rostro en la pelea; ¿ no
es esto tener un tesoro en el alma? Ricos eran esos
hombres en grandeza, virtudes y amor patrio.

Los lacedemonios fundieron tener en menos las ar-
tes, y a su salvo dadas por prohibidas en la Repu-
blica; lo fundieron, en virtud de las no muchas ne-
cesidades suas, y de lo rudo de sus hábitos, na-
da conformes con la molicie y blandura de aque-
llas invenciones — puro boato del ingenio. Los tres-
cientos esparsiatas no quieren planchas de bronce
para grabar en ellas sus proezas; voces tienen los
Termópitas que aturdirán hasta el último siglo el
universo. Los emperadores de Roma se labran es-
tatuas, y pónense en medio de los Dioses del Olim-
po: no por esto las generaciones les conocen me-
jor que a Leonidas.

La morada de los reyes de Lacedemonia era
ni con mucho superior a la de los particulares: ar-
mazón de rudos leños, puertas a sígüe martillo
y como salgan, ni apenas mobiliario, sino rui-
tico y de cualquier modo: la ley prohibia todo pri-
mor y comodidad, adentro como afuera, desterran-
do por el mismo caso la suma de las artes, por
tanto extremo enaltecidas por esta llamada civili-
zación, acaso nada más que una barbarie de
otra clase. No trabajaban pues los hombres li-
bres de Lacedemonia; mas no se sígüe de aquí
que vivían en el ocio: ruda ocupación era el
gimnasio al par que provechosa, de donde no
se veían salir sino para ejercitar las astucias
del robo, ó exponer la vida matando ilotas
por orden de los Eforos: así aprenden a hen-

der la jabalina en el pecho de los enemigos, para cuando se hallen á brazos con los persas por la libertad de la patria, ó con los Atenienses y Beosios por el imperio de Grecia y la servidumbre de los otros pueblos.

Por donde se ve que el ocio del Español, ni por asomos ^{de nobleza y de mayor sustancia que parece.} ~~prisa~~ ^{con} aquel no trabaja del Español. El español tuvo ilotas á su vez; pero ni antes de tenerlos, ni despues de perdidos se vió más agencioso. No ejercita el cuerpo en el gimnasio: sus leyes no le prescriben la rapina, y por lo tanto, si se mueve para eso, no es á fin de labrarse un quehacer ó ejercicio: no va á la guerra por costumbre, ni sería posible prese el pueblo todo, bien así como en lo antiguo los estados belicosos al par que nada extensos. ¿Qué hace pues el Español? profesa el quietismo de los Turcos.

Los felgas y los rayas aborran el suelo con el sudor de la frente y las lágrimas de los ojos; el indolente mulsumán y el mamelucos no alzan el brazo sino para herir á esos infortunados, y se dejan estar, bien así como señores, en tanto que los esclavos les procuran el sustento. ¿Dónde están los felgas y los rayas de los españoles? ¿Quién trabaja para ellos? Si las tierras y los mares les ofrecieran de su buena gracia frutos sobrados para la vida, al modo que á los Topinambies de Africa, aún no tan malo. El mismo Nilo, enfeno, pide la ayuda del hombre, y los egipcios, con ser tan espontaneos, no alzan la mano de la labor del suelo.

Los ámbitos de España son más espaciosos que los de Francia, su vecina: en ésta revierten ya los hombres y se salen de madre, mientras la mitad de la otra se está despoblada y yerma. Solo el que no halla trabajo, ó no le habilita la salud, no halla sustento en

la inia; en la otra, á nadie le faltaria en que ocuparse; y hay no pocos que se comen los dedos, á fuerza de no emplearlos.

Si algun español se enervoriza de oír este discurso, vengase conmigo por esos juncos de Dios, y váyase diciendo qué quieren, qué fiden, qué dicen esas sartas de semihombres, viejos no, marcos no, enfermos no, pero todos cariacontencidos y ahilados por el hambre, que nos siguen al fin como llorando. Esas medallas que ciñen el brazo de muchos, y en gordos caracteres expresan: Mendigo, ~~damnos~~ ^{damnos} á entender alguna bienandanza? esos espantajos que de trecho en trecho, cual mojonos de la ruta, nos vigilan, y al pasar se nos vienen luego con la timera voz, ¿pintanos quizás cosas alegres? esas tropas que se aperran al rodaje de los coches, y siguen el hilo de las caballerias hasta dar consigo desalentados en el polvo, ¿muestranos ^{tal vez} el buen paso de la vida? Estemos á razón: los Españoles podrian trabajar, y no trabajan: el orgullo es la raíz del ocio, inveterado ya en la raza: el ocio y la indolencia producen y dan la familia numerosa de mendigos, con firmacion inapreciable de las máximas de Montesquieu y de los relatos de los viajeros.

Y no se nos llame á residencia, con decir que dimos golpe en vago, respecto á notarse gran movimiento de industria, no cortas empresas de caminos, reforma y construccion de flotas en España; porque bien apurada la cosa, debajo de aquel meneo bullicioso, se descubre un movimiento extraño, capitales de allende los montes y los valles mares, y la inquietud emprendedora y codiciosa ahines del francés. Los ferrocarriles al presente en obra, por la mayor parte son resultas del oro y direccion de otras naciones: que ello sea absoluto, no se puede aseverar; ni seria posible dejar todo y por completo á la no propia mano, si la prosperidad y el bien

serán de España.

La agricultura en Grecia se dejaba casi siempre á naciones vencidas, á esclavos: así los ilotas en Lacedemonia, los Tenestinos en Tesalia. Aristóteles pide á las buenas repúblicas no conceder por ninguna forma derechos de ciudadanía al artesano, y Platón impone castigos severos á los traficantes. El legislador de Atenas, más sabio que todos, se sale de este camino, con prescribir el trabajo y conminar el ocio: los Atenieses estaban obligados por una ley á dar cuenta á los magistrados del modo de vivir de cada cual, sin que á nadie le fuese concedido prescindir de una ocupación honrosa, y lo eran todas las que naturalmente pueden serlo. Ley admirable por donde, al paso de no haber quien adolezca de penuria, se daba una raíz á la moral, quitando al perdimiento el resquicio de la holgazanería. De aquí es que el pueblo de Atenas era por extremo comerciante, poseía el dominio de los mares, y acarreaba de Egipto, Egipto y las ciudades más remotas aquel ajuar indispensable de riquezas donde el lujo no tenía trabas, y la magnificencia era como una diosa. Alsibiades se muestra en la plaza de los oradores arrastrando el espacioso manto de púrpura en términos de rey; la muchedumbre aplaude, los graves admiran en silencio, y los Arcontes no tienen que decir á vista de tal fausto. ¿Quién se hubiera atrevido en Esparta á salir del ras de lo común? la túnica insuave es para el mozo de agua y lava como para el senador, para el manco de Academia como para el gran Agesilao. Ni cómo hubiera podido ninguno resaltar entre los habitantes? El primero que se atrevió á ser rico, murió á manos de los Espartos, herido de ver oro en Esparta.

6

No en razón de esta inutilidad de las riquezas, los Españoles desestiman el comercio no menos que la agricultura: nuestros siglos y costumbres las piden, so pena de quedar de Bárbaros, y lo peor de todo, so pena de darse á la necesidad, no habiendo quien suprague para nadie en estos miserables días. Los públicos banquetes, las meriendas comunes á donde concurrían desde el rey hasta el huérfano, no son de nuestros siglos: trae cada uno su porción á la derrama general, y el que nada tiene, nada trae, y por eso es menor su parte, sino en castigo de una falta. Fraternidad de Dioses y de Lacedemonios, temperancia sin par de los segundos, si se daban por bien hallados con su salza negra.

Según andamos de viciados y ajenos de virtudes, no nos arma el hacerlo que en Lacedemonia requerimos buen paso, distinción y gusto en las cosas de la vida; trabajemos: hemos de andar cubiertos de los pies á la cabeza; comercieemos, vámonos á buscar en otras naciones las telas que nos cuadren, si la nuestra inventiva no se acomoda á urdir las en telares propios: paladeemos los frutos de las heredas, nos damos al regosto de lo mejor; abonos, sembremos, y la copiosa siega no ha de burlar al apetito.

Los usos en España echan narcóticos al sueño natural que ya la aqueja, dando cabida al ocio por mil suertes: el monacato fué en todos tiempos el sumidero de la industria, si, como es patente, robaba á la sociedad infinitos brazos, que reclamaran el cultivo de la tierra y los oficios de necesidad ó de provecho. Asimismo los tesoros de la nación han ido á parar casi en un todo en los conventos, haciendo de un abad, un potentado, de un provincial un

grande; - sibaritas de más de la marca, injustos respecto de sus semejantes, tanto más, cuanto menos disfrutaron los bienes comunes sin la menor opresión. Y dados á lo físico, bien como ese rey de Asiria que hizo gravar, al pie de sus estatuas esta maravillosa advertencia: Comer, beber, divertir, tete; lo demás no es nada, comían, bebían, se divertían, y lo demás era nada, ya que la ignorancia parte de su pompa. -

"Non saben las palabras de la confirmación,
Nin curan de saberlas, nin lo han á corazón,
Si puede habes tres perros, un galgo et un furon,
Clérigo de la aldea tiene que es infanzon." (41)

He aquí el concepto del Canciller de Castilla acerca de esas tiramiras de sendo-sacerdotes, encerrados por el día... en los monasterios, á fin de sustraerse á los quehaceres indispensables para la existencia, y á sus anchas saborear lo ajeno hasta el empalago. Los monjes Maronitas que pueblan las faldas del Líbano, sin otro tejado que las nubes, ni más lecho que las hojas del monte, ni otra mesa que la leche de sus cabras; y contemplan en Dios, tornando el corazón de amor divino, alijados con la naturaleza y los arrobos de la soledad: esos son hombres santos, porque no aspiran al festiño de la carne, y amparan cuanto pueden á los desgraciados, recogiendo al viajero sin norte, y calentándole al fuego del hogar silvestre: oficios verdaderamente pios y merecedores del acato y alabanzas de los buenos. Cual fue por el contrario la ocupación de esas sartas de haraganes que se embaulaban media España? que hacían pro del género humano? -

"Et si estos son ministros, sonlo de Satanás,
La nunca buenas obras tú fuerlas veras.
Quando él cantá la misa, ella le dá la oblada,

(41) Pero Lopez de Ayala - Canciller de Castilla.

Et anda, mal pecado! tal orden bellacada."
Fueron fiel retrato de los frívolos y de la condición su-
ya! Porque, como se va por ahí cantando el re-
fran, todos son unos; y si el Canciller de Casti-
lla los tuvo por no tan buenos, a Dios gracias, no
les tenemos ahora por mejores. Alumnos de Sarda-
nápala, inscriben en las fachadas de sus monaste-
rios, atroces injurias a la Providencia: "Come, he-
be, diviértete; lo demás no es nada"; toma la mujer
del prójimo; conviértete en lluvia de oro, como Júpiter,
no dejes virgen en la tierra; sobre todo, no trabajes."
"Et nunca tales hechos reciben escarmiento,

En su señor obispo ferido es de tal viento."

Gloria al Señor, ya en España acabó tanta miseria;
gloria al Señor mil veces, si acabase en todas partes.

Si el monacato, empero, una de las causas
del ocio y la hambruna de España, vino al sue-
lo a poder de la razón, esto no dice que allí no
se haya favorecido a la pereza, lejos de acertar la
rienda a la natural propensión de esa familia. Es-
paña sigue pobre, a despecho de sus revoluciones
tempestuosas contra los tiranos, y sus riquezas natu-
rales, y los tesoros sin cuento, acarreados de las tie-
rras de su conquista. Díase por cierto que los Españoles
transportaron de América a Europa más oro
y plata que nunca se había visto en este continen-
te. ¿Que fue de sumas tan descomunales? pasa-
ron por ellos a repartirse entre las otras naciones,
sin ser los dichos sino unos como agentes o ma-
yordomos, por cuyo medio los demás se atesora-
ron. Porque los metales no constituyen la riqueza
de una nación, por cuanto son signos meramente
de valores, y nada dicen cuando faltan las cosas
de consumo: quien los posee, dávalos a trueque
de lo pedido por las necesidades; y cuando fue-
ser crecidos sus acopios, y más si son de fuente
malhabidas y remotas, habrán al cabo de agotarse.

Un publicista acertó á decir, que á España le ha-
bía sucedido con las Indias, lo propio que á ese rey
antiguo cuya avaricia le cababa el sepulcro delante
de los ojos: fidió á los Dioses tanto oro cuanto con-
tuvieran las entrañas de la tierra, y á modo de cho-
carrera, fidióles también la virtud de convertir
en oro los objetos tocados por su mano. Los Dioses
le escucharon, infelice! lleva el pan á la boca, y
muere de un trozo de oro; quiere humedecer los la-
bios, y el vino se le coagula en oro. Medusa vuel-
ve en piedra lo que vé; mas siniestro poder es
el de Midas, porqué es contra sí mismo, mos-
trándole la Divinidad, cuanto le es detestable la
avaricia.

Tal le pasó á España: acodiciada á las
píreseas de América, embebida en los vengeros de
las Indias, linchase de oro, y descuida lo mejor
para hallarse luego sin otra cosa que metales
para alimentarse. El bien que no estriba en fir-
mes raíces, es volandero, y vamos fuera de ca-
mino, si nos fiamos de él para lo porvenir. De
aquí es que las aduanas serán tenidas malaman-
te por ramos políticos, por cuanto puede trabucar-
se el comercio en las ciudades marítimas, y has-
ta desaparecer de todo punto, al modo que ya se vio
más de una vez: Constantinopla trajo á tierra
el antiguo comercio de Cádiz, el cual no vol-
vió á herguirse, sino con la conquista del nue-
vo mundo por los Españoles: perdido éste, Cádiz
entró en la nada, y así permanecerá, si el Cielo
no remedia.

En este concepto los economistas tienen por
bien averiguado, que la labor del campo es la so-
la fuente de riqueza verdadera ⁽⁵⁾

⁽⁵⁾ Limit. - Simondi de Simondi.

8

En nada miran menos los Españoles, que en esta fuente de riqueza: ya hemos visto como siempre han echado leña al fuego, con hacer redondamente lo contrario de lo que prescriben las legislaciones remiradas y el juicio de los doctos: esto es, dar regazo a la pereza, natural en ellos; labrar algazaras al ocio, y hacerle nadar en lo superfluo, en tanto que los a quienes no cabia en suerte la capuz, sin reparo preferian la mendicidad y el bandalaje al honesto empleo de los brazos.

El Español se duerme en las pajas, tal es el genio suyo. Ves la sañuda altivez que cobija en su corazón, y el menoscrecio con que da de coces al trabajo, temiendo para si que va más en no doblar la frente al polvo y sufrir las angusturas de la suerte, que en atesorarse, doménando las repugnancias del orgullo. Severo y mesurado, calla cuanto puede, y su catadura, avienta por decirlo así, la gravedad de que se halla investido, a dos leguas en contorno. Por sobradadas de mugre que vengau las ueltas y el cuello de la capa, se le arebuja con el mismo entono y furoso propiedad que si fuera un manto real: va desparac por las calles; hace a frarsas todo y con suma franquedad, y vive convencido de que la suya es la primera nacion del mundo, y él el llamado para dirigirlo. En el personal y corte de indole de este europeo, si le descartamos de sus tachas, se da tanto de noble, que sin freno se lo tomaria por un rey destronado, supriendo honrada y dignamente los vaivenes del voltario mundo. No seguiria, no, los pasos de Dismisio, con frecuentar las tabernas de Corinto y andarse barracheando por las encrucijadas, despues de haber sido tirano de Siracusa. Si cada Español, con efecto, se viese rey, descoronado, fraricene

guardara la constancia de Agis, sin olvidar
los preceptos de Platon.

Estos son los toques principales de esa
raza, y la humillacion precisa á que empujó el
infortunio, digo el hambre, no es artículo suficiente para
contrarestar el carácter general de pueblo tan sonado por
sus hechos en la historia. Nacele del vicio la pobreza, el
cual tiene su lecho en el orgullo: cimiento que á mi ver
se da la mano con el de los antiguos edificios de Roma,
alzados sobre medallas de oro que en las zanjias echaban
los cónsules y reyes. Guárdeme Dios de cohonestar el vicio,
digo solamente! El vicio es menos detestable, ~~si no~~ ^{si no} pro-
cede de linaje ruin, y quien diria que entre los de-
fectos el orgullo no sea el más propincuo á las vir-
tudes? Por orgulloso es grave el Español, de la grave-
dad se derivan no pocas cosas buenas; por eso mis-
mo goza el raro don de la fidelidad, como ya lo di-
jo Justino, quien añade, que se hubiera dejado arrancar
la vida, y no negado un depósito traído á su custodia.

El autor del "Espíritu de las leyes" lleva adelan-
te su sistema, con decir que la vanidad sólo produce
bienes, el orgullo sólo males. Si nos cupiese bal-
bucear nuestro dictamen al lado del varón clari-
simo, diriamos que eso será teniendo en mira la
conveniencia, medros y acomodo materiales: tor-
nando á lo moral los ojos, ya se revuelve el jue-
go. La vanidad propende á lo necio, lo ridiculo,
lo vil: el vano rompe por todo, con tal de llevar
á cima sus frivolidades; y éste es un mal: el
orgullo se priva de buen grado de lo que sólo fue-
de proporcionarle el abatimiento; y éste es un bien;
el vano conoce apenas la dignidad, y da con ella
en el cieno así como lo cree oportuno, el orgullo-
so le guarda con el mismo temor que la virgen
su honra, daría todo por tal no tiznarla. Los ma-
les que el orgullo cria son de otra suerte, y no así

como quiera; mas entre el vano y el orgulloso, pase el segundo, bien asi como entre el vil y el terco no puede haber balanza. Sea en buena hora rico el uno y pobre el otro: lo más atinado fuera venir al caso de Ferristacles, de desear un hombre que necesite de riquezas y no riquezas que hayan menester un hombre.

La pereza les labra á los Españoles el mal - no corto eso si - de la pobreza; cuán superiores no son en otras cosas á esos pueblos activos que tanto les dan en rostro con ese pecado? La Providencia guarda el cúmulo de sus dones en un gran almacén de muchas puertas: llama á las naciones por caminos varios; tal entra por una, cual por otra, y toma lo que allí se le ofrece, sin serle dado, á ninguna andas por todas partes, surtiéndose de todo y lo mejor. ¿Cristianles algo esos bienes por ventura? (6)

(6) Los catalanes forman una excepción, y parecen proceder de
vez
ya hemos visto, al hablar de ellos, como cultivan hasta las peñas.



Dr. Francisco J. Montalvo